

como el Catre, siempre con la faca entre la faja, tuviera la taberna mas concurrida del pueblo y le faltaran habitaciones para poner mesas en todos los rincones de su casa a causa del juego de la lotería.

La riqueza no aumentó lo que debiera porque los padres se quedaban en el casino mientras que los hijos, apenas adolescentes, iban con las mulas. El hombre ocioso se inutilizaba a los cuatro días, con cuarenta años de edad, y quedaba incapacitado para toda labor que no fuera jugarse los cuartos, preparar merendonas y murmurar de todo lo habido y por haber.

¿Qué dentro de eso hay quien cocea mas que una mula falsa?. Pues claro que lo hay. ¿Y quien si pudiera te pondría el pie en el cuello o te quitaría hasta la chaqueta?. Eso desde luego, como en todas partes, pero las excepciones no hacen la regla aunque la confirmen y la regla de Alcázar, no hermana pero si prima hermana de la madrileña, es la condescendencia y el agachar la cabeza para que cada uno se apañe como pueda y escurrir el bulto en las tinieblas, porque de noche todos los gatos son pardos, pero sin malignidad, sin deseo manifiesto de causar el daño sino de evadirse y facilitar el deslizamiento procurando que las aguas busquen su corriente.

La vida de Alcázar con esas condiciones es como un colchón de miraguano donde se duerme tan a gusto que nadie lo rechaza. Un zurrilla y una meriendilla no se perdonan por nada y son infinitos los rincosillos donde se «somallan» las raspas de bacalao con especial arte, pegadizo e inolvidable, que hace pasar el vino como la seda aunque sea carrasqueño.

Alcázar va a los toros cuando quiere y no va cuando no le da la gana pero no sostiene espectáculos por solidaridad ni aguanta los subterfugios y las dilaciones burocráticas y se instala sus aguas o se hace su alcantarillado olímpicamente sin pedir ni una perra, cuando en pocas ciudades se consideraban ineludibles tales servicios, ni siquiera en Madrid, donde cientos de personas vivían de subir a hombros cubas de agua a las casas.

Podrá ser mejor o podrá ser peor, pero Alcázar es así, agachadizo y altanero, mas soñador que heróico, de bastante espuma como sus gaseosas de fama universal.

No siempre hace falta ni hay por qué concretar demasiado los conceptos. Basta con dejar a las personas y verlas de marchar, que ellas solas lo dicen todo y en esta obra las hay a centenares, vivas y vivientes que dicen del carácter alcazareño y de nuestros modos y maneras, mucho mas que pudiera decir la mente mas esclarecida. Ellas son nuestro mejor alegato. Ellas forman la cepa alcazareña cuyo ramaje nos nutre y nos hace ineludiblemente como somos. Y a mucha honra.